

E
S
T
R
E
L
L
A
S
de
C
I
N
E



JOAN BENNET

BIOGRAFIA Y ANECDOTAS

30
CTS

JOAN BENNET

por **Willy Spaulding**

Una de las Bennet

La familia Bennet es célebre en los anales de la cinematografía y de la escena, a las que ha proporcionado, lo mismo que la Barrymore, un buen número de excelentes actores, contándose entre ellos el padre, Richard, y yendo a continuación las tres hijas, Constance, Bárbara y Joan.

Dura fué la lucha de Richard para alcanzar la fama y antes de conseguirla tuvo que desempeñar las oficios más dispares y extravagantes: fué charlatán de feria, toreador, sastre y orfeonista. Pero su tenacidad, no sólo le ha permitido conseguir una avanzada edad en la que disfruta de los laureles obtenidos, pero también disfrutar del placer de ver a su trío de retoños, nacidos de su matrimonio con Adrienne Mc-

rison, en el primer rango de los actores cinematográficos actuales.

Es creencia general que, a causa de su famosa parentela, la encantadora Joan Bennet llegó al pináculo de su carrera artística por un sendero sembrado de rosas. Al contrario, y esto pronto lo supo la interesada, el hecho de ser una Bennet resultaba una desventaja, pues era motivo de que se esperase demasiado de ella. Sin embargo, cuando tuvo una oportunidad y triunfó, fué por sí misma.

Joan Bennet nació, de los padres ya nombrados anteriormente, el 27 de febrero de 1910, en la ciudad de Palisades, del Estado de Nueva Jersey. Todo auguraba a la recién nacida un camino bastante diferente del que después había de tomar su existencia.

En efecto, su padre, que tras duras contiendas, había adquirido renombre y los fondos consiguientes, quiso dar a las muchachas una educación excelente, para que, apoyándose en ella, no tuvieran que soportar las jugarretas del destino, y menos sostener tantas amarguras y desengaños como los por él sufridos. Quería acabar de una vez con la tradición que diez generaciones

de actores imponían en el espíritu de sus descendientes.

De la infancia de Joan poco se sabe que le corresponda exclusivamente. Su suerte estaba ligada a la de sus hermanas Constance y Bárbara, debido a los pocos años de diferencia que había entre unas y otras. Sin embargo, la circunstancia de que fuera la menor hizo de ella una niña mimada, de lo que años después se resintió su carácter. Los mimos y los caprichos tuvieron fin al ingresar en una escuela de Nueva York, en la que permaneció hasta los once años.

Naturalmente, iba acompañada de Constance y Bárbara. En dicha escuela primaria comenzó a vislumbrar que el mundo no era tan sencillo como creyera cuando estaban al lado de sus padres y que en él tenía importancia el que realmente la merecía. Este descubrimiento tuvo lugar al empezar a manifestar su interés por las cosas del teatro. En la escuela era costumbre establecer concursos en los que se premiaban pequeñas obras teatrales de las alumnas, siendo representadas a continuación. Joan advirtió que, por lo general, Constance triunfaba, ya como actriz, ya como escritora. Y poco a poco, iba viéndose relegada a un segundo término muy desagradable.

Más tarde las hermanas fueron matriculadas en la escuela de Santa Margarita de Waterbury, Estado de Connecticut. Allí siguió aumentando la gran desilusión de Joan; creció la popularidad de Constance y Bárbara, especialmente la de la primera, siendo pospuesta la sensible pequeña. Esta ignorancia de sus posibles cualidades, irrió a lo más vivo de su amor propio. Tras mucho meditar, luchó para recuperar su prestigio, empleando el método de imitar a Constance, el león de la familia, con lo que perdió la poca popularidad que gozaba de rechazo de la fama de su hermana; sus compañeras la trataban de envidiosa y antipática. Un carácter tan sensible como el de la pequeña Bennet fué experimentando un resentimiento natural, que terminó por malograr su talento naciente; aunque, por otra parte, a pesar de conocer el deseo de sus padres de alejarla del teatro y de que aumentara su timidez hasta ser una especie de enfermedad, tomó la determinación de triunfar y de ser actriz, costara lo que costara y sobre todas las cosas.

Concluidos sus estudios primarios, sino brillantemente, por lo menos de manera satisfactoria, las hermanas Bennet regresaron al hogar. Aparecía ahora una etapa deci-

siva de su vida. Sus padres estimaban que las tres poseían la edad suficiente para ser mandadas a Europa, a la famosa escuela de segunda enseñanza L'Hermitage, sita en Versalles. Hubo protestas, llantos, ruina de planes acariciados con amor, pero la decisión inquebrantable de Richard enmudeció las quejas de sus hijas. Y poco más tarde las muchachas se alejaban de los Estados Unidos, simulando una melancólica resignación ante lo inevitable, aunque en el fondo la aventura las sedujese. Joan tenía entonces quince años y era de una timidez abrumadora.

Amores y fracasos

Seguramente papá Bennet se estaría fro-tando las manos con satisfacción por haber logrado imponer su voluntad; seguramente Constance y Bárbara refunfunarían de su suerte y esbozarían nuevos planes para el futuro, pero la única autora de una verdadera sorpresa fué la callada y huidiza Joan, tan humillada y resentida.

A bordo del barco que la llevaba a Europa había un muchacho llamado John Marrian Fox, hijo de un acaudalado ranchero de Saetle. Sorprendióle el vago aspecto de

desesperación de Joan, tan distinto de la sana alegría de sus hermanas, y algo de la linda carita de la muchacha le impidió a aproximarse a ella y a trabar conversación, lo que no resultaba muy difícil dada la forzosa convivencia impuesta por la vida en el mar. Resistióse primero a sus avances la chiquilla, pero, poco a poco, por la comprensión de su estado de ánimo y, más que nada, por la ardiente admiración que parecía sentir hacia ella John, fué haciéndose menos huraña, hasta aceptar encantada todos sus homenajes.

Al llegar a Europa y en lugar, como hicieron Constance y Bárbara, de desembarcar en El Havre, para dirigirse a París, Joan continuó su viaje hasta Londres, en compañía de John. Ni las amenazas, ni los sermones lograron nada. Joan estaba fervientemente enamorada, con la románticapasión de los quince años, y no concebía poderse separar de su amado. Este iba a Londres para ingresar en una escuela; a Londres iría ella, en pos de su dicha.

Semanas más tarde se casaba la juvenil pareja. Meses después, les nacía una hija.

Mientras tanto, de los Estados Unidos llegaban cartas de ambas familias interesadas en el matrimonio, conminándoles a una

rápida ruptura. No cedieron. Tanto el padre de John como el de Joan, estaban de acuerdo en que era necesaria una separación, aunque fuese por bien distintos motivos. La familia de la futura estrella sufría un gran desencanto al ver malogradas las posibilidades de su hija, destinada a otra clase de vida; y el rancharo de Seattle aseguraba a su hijo que había caído en manos de una cazadotes.

En resumidas cuentas, y mientras sus hermanas triunfaban, ambos padres tomaban la determinación de no suministrarles los fondos necesarios para su manutención. Apareció la prosa de la vida, las relaciones se agriaron. En un país extranjero, ninguno de los dos podía desenvolver sus actividades. Ya próximos a la ruptura, regresaron a los Estados Unidos.

Pero tampoco en dicho país lograron aclarar su situación. John comprendía que su progenitor tenía, en cierta manera, razón y que él no había nacido para tal clase de existencia. Joan hizo algunos esfuerzos para ingresar en el teatro, pero tuvo que soportar una gran desilusión, pues su timidez y su matrimonio prematuro habían matado, de momento, sus sobresalientes cualidades para el drama, su verdadero destino.

El mágico encanto estaba roto. La condición del juvenil matrimonio era verdaderamente precaria; no se trataba ya de resolver un problema sentimental, que por otra parte no existía desde hacía meses, sino el más inmediato y urgente de obtener lo indispensable para vivir, Constance, casada con Phil Plant, uno de los solterones más ricos de Nueva York, y ya estrella cinematográfica, acudió en su ayuda, proporcionándole un papel de comparsa en «The divine lady» («La dama divina»), en el que tenía el papel principal. La vida se repetía. De nuevo se encontraba Joan en un segundo término en relación a su hermana.

El momento de respiro proporcionado por este trabajo, fué empleado por Joan para divorciarse, acabando de rápida manera un idilio en el que la miseria y la incompreensión habían sido los principales personajes.

La posición de Joan era difícil: su orgullo, mejor dicho, su timidez, no le permitían acudir en demanda de ayuda a su familia, el teatro no la seducía, no queriendo desempeñar papeles de ínfima categoría y para llegar al cinematógrafo tenía que trasladarse a Hollywood, cosa imposible care-

ciendo de los fondos necesarios para el traslado.

Durante algún tiempo deambuló por las calles de Nueva York, buscando trabajo como artista en decoración de interiores, carrera bastante corriente en América, para la cual se creía especialmente capacitada. Pero el destino le era adverso y sus búsquedas no tuvieron otro resultado que añadir otra ilusión al ya gran montón de las desvanecidas.

En vista de la inutilidad de su empeño, y para acallar los reproches de su conciencia y de su familia, volvió la mirada al cine. Se trataba de demostrar que era capaz de mantener sus tradiciones. Se trasladó, de manera algo misteriosa, a Los Angeles, con su hijita Diana, pero sus primeras tentativas fueron descorazonadoras. Joan pasaba semana tras semana yendo de un estudio a otro en busca de empleo. Únicamente lograba en esta peregrinación insignificantes papeles de «extra». Y tuvo que confesarse que el camino de la fama es mucho más duro que es muy dificultoso, casi imposible, triunfar súbitamente. Se precisa para ello ir acompañado de cierta celebridad en cualquiera de las múltiples actividades humanas, y carecía de ella.

Cuando Richard Bennet se enteró de lo que estaba haciendo y sufriendo el menor vástago de su familia y comprendió que el móvil de sus actos y causa de sus padecimientos no era otro que un mal entendido amor propio, estimó que ya era hora de que interviniera y pusiera en buena senda a la descarriada ovejilla.

Bennet había adquirido una obra titulada «Jarnegan» y se proponía estrenarla en Nueva York, seguro de que sería un éxito en Broadway. Esta era una buena excusa para recuperar a su hija, a quien consideraba poseedora de un sobresaliente talento dramático. Escribió a Joan diciéndole, repitiéndole con insistencia, que si volvía a Nueva York, le daría un papel en dicha obra y que no tenía en cuenta el que fuera de su familia, antes bien solamente atendía a que el papel ofrecido estaba como escrito para ella.

Se ha de hacer notar que, salvo con aficionandos y en el colegio, jamás había trabajado en el teatro; no obstante, comprendió que la vida mandaba y aceptó. Su debut tuvo lugar en el año 1928 y en dicha obra actuaba durante todo el primer acto y parte del segundo. Su rubia belleza y su delicada figura, en las sucesivas represen-

taciones, llamaron la atención de los cazastrellas de las casas productoras, especialmente la de John W. Considine, más tarde su esposo, que entonces ocupaba un cargo de importancia en los Artistas Asociados.

La entrevista que tuvo con este personaje fué decisiva en su carrera cinematográfica. El teatro, desde que apareciera el cine sonoro, no le llamaba la atención, por ser dispar con su carácter retraído. Y al terminar las representaciones de «Jarnegan», siguiendo los consejos de Considine, se fué a Hollywood de nuevo, en busca de una carrera cinematográfica.

Y aquí se demuestra lo extrañamente ligadas que están las vidas de las tres hermanas. Constance y Bárbara, que habían hecho unos matrimonios espléndidos, fueron a parar a las tablas porque las llevaban en la sangre, como vulgarmente se dice. Bárbara y Constance acaparaban toda la suerte de la familia. Así, por ejemplo, al iniciarse la celebridad de Joan en «Jarnegan», Gene Markey la escogió sin conocerla personalmente para el papel de protagonista en la adaptación de su novela «Stepin High», pero Bárbara fué finalmente la que lo interpretó. Constance ganaba unas cifras fabulosas a la semana.

Pero de pronto el hado se apiadó de ella. Bárbara, casada con el popularísimo cantante de radio Morton Downey, se retiró de la pantalla para dedicarse a su familia. Constance, tras de una serie de resonantes divorcios, se casó con el marqués de La Falaise de la Coudray y, cansada de sus éxitos, se mostraba indiferente.

Había, pues, sonado la hora de Joan Bennet, y no la desaprovechó.

Si su triunfo fué tardío, quizá, por esta razón logró ser más estable.

La carrera cinematográfica de Joan

Su primera realización importante en la pantalla, filmando en los estudios de Hollywood, a los que regresaba con todos los honores, fué en uno de los célebres films que tanta popularidad dieron a Ronald Colman, titulado «El capitán Drummond». El hecho de tener a este actor por pareja y la feminidad y certeza con que supo desempeñar su papel, contribuyeron a abrirle un camino triunfal hacia el estrellato. Así se vió, de la noche al día, convertida en una de las actrices cuyas interpretaciones fueron más comentadas por aquel tiempo.

Concluída la película aludida más arri-

ba, las compañías más importantes solicitaron sus servicios, pero la ganó para sus filas la casa productora de los Artistas Asociados. Esta compañía, con certero instinto comercial, fué aumentando sucesivamente la intensidad de los papeles que tenía que desempeñar, escogiendo precisamente los que se adaptan más a su carácter ingenuo y hondamente femenino.

A partir de «El capitán Drummond», trabajó en la realización cinematográfica de la vida del político inglés «Disreali», secundada por el celeberrimo actor británico George Arliss; a continuación aparece al lado de José Schilkraut en «The Mississipi Gambler»; anteriormente a estas dos películas se le confió el principal papel en «Three Live Ghosts»; en «Puttin' On the Ritz», cuyo título en español es «La canción del Ritz», con Harry Ritchmann, el ídolo de Broadway, la célebre Lilyan Tashman y James Gleason, en la que cantaba las canciones «Contigo» y otras de grato recuerdo.

Filmó, para la casa productora Fox Film, «Crazy that way», y después, recibiendo el espaldarazo definitivo, tuvo como pareja al difunto John Barrymore, en «La fiera del mar».

Volvió a la Fox e hizo la versión inglesa de «El impostor» y «Esposas de médicos». A continuación de su rotundo éxito en estas películas, creciendo su fama, firmó un contrato de producción bastante extenso con la Fox y realizó las siguientes películas: «Chantage», con Tomás Meighan; «Quería un millonario», «La irreflexiva», con John Boles; «Entre dos fuegos», «El leso redentor», «El hombre que volvió por su cabeza», con Claude Rains; «Trece horas de vuelo», con Fred MacMurray, empezando a trabajar inmediatamente con Cary Grant en «Big Brown eyes» («Ojos castaños»).

Otros films de menos importancia y anteriores al últimamente citado, son «Soborno», con Regis Toomey; «Maquillaje social», «Mi chica y yo», «Fin dese mana», «Desliz», «El proceso de Vivienne»; mayor categoría tienen «Las cuatro hermanitas», con Katherine Hepburn, y «Mundos privados», con Claudette Colbert.

Cierto día, en una reunión dada por John Gilbert, conocida al Gene Markey que, con una prisa cinematográfica, le declara que ha estado enamorado de ella durante mucho tiempo. Resultado: nuevo divorcio y tres meses más tarde se casaba con el afortunado Markey, buen escritor y guionista

de los estudios de Hollywood. Parece ser que hasta el momento actual la vida conyugal de ambos se desliza entre la más perfecta dicha.

Las últimas actuaciones en la pantalla de Joan Bennet de que tenemos noticias y que se estrenarán en la presente temporada cinematográfica, son: «Cómicos en París», «El hijo de Montecristo» y «Una chica que promete». Estas tres cintas vienen precedidas de una gran fama.

Informes complementarios

Antes de pasar adelante, queremos proporcionar unos datos sobre el físico de Joan Bennet, que ayuden a formar una idea exacta sobre la que se posea de su persona. Joan mide un metro cuarenta y cinco centímetros, estatura más bien baja, pero que está de acuerdo con su cabello rubio dorado y sus dulces ojos azules. Su peso es y color de su cabellera y ojos, debe su cercano a unos cincuenta y tres kilos. A esta armoniosa proporción del peso, estatura gracia femenina y el número de sus admiradores.

Sin ser una entusiasta de los deportes y sin someter su cuerpo a las torturas de un

régimen determinado para conservar su esbeltez, practica, no obstante, algunos de ellos, prefiriendo los de carácter más ligero y menos fatigosos, como el golf, el tenis y la natación. Opina que los deportes violentos y el exceso de ejercicio marchitan pronto el físico femenino, estropeando el elemento capital del mismo: el cutis. Para mantener la tez fresca y refractaria a los agentes externos, recomienda que se coma mucha fruta y que no se emplee jabones de composición muy ácida, que se abstenga de beber alcohol y de comer alimentos fuertes.

Sus colores favoritos son el verde y el azul, que generalmente emplea en su indumentaria, combinándolos por lo común de forma que no resulte grotesco el conjunto. Asegura que la originalidad nunca debe consistir en ser llamativo.

FIN

MELODIAS DEL DIA

Unicamente publica los éxitos más resonantes de la canción moderna. Adquiera las últimas creaciones de:

Rafael Medina, Tito Guizar, Raúl Abril, Dicente Gallardo, Ramón Evaristo, Bonet de San Pedro, Manuel de Bianco, Pilarín Areos, Carlos Gardel, Roberto Dan, Rina Celi, Alberto Roehi, Amanda Ledesma, Hugo del Carril, Bernard Hilda y A. Algeró.

Los números sucesivos serán las máximas novedades.

30 ctms.

VARIEDADES ha publicado los más recientes éxitos de:

**Narcy - Mirco
M. de Wander - Tita Gracia
Alonso**

a los que seguirán más destacadas figuras de la canción española.

30 ctms.

Adquiera *ESTRELLAS DE CINE*
y obtendrá un curioso archivo bio-
gráfico de las máximas figuras de
la pantalla.

Números publicados:

ROBERT TAYLOR - MARLENE DIETRICH
GARY COOPER - CLAUDETTE COLBERT
LESLIE HOWARD - DIANA DURBIN
RAFAEL DURAN - MARUCHI FRESNO
CLARCK GABLE - IRENE DUNNE
CHARLES BOYER-CONCHITA MONTENEGRO
JOHN BOLES-MYRNA LOY-ROBERT DONAT
JOAN BENNET

30 céntimos.

J. PALOU Editor - Barbará, 19 - Barcelona